

RAVEL, A LOS DIEZ AÑOS DE SU MUERTE

P O R

Hélène Jourdan - Morhange

EL 27 de Diciembre de 1937, murió Maurice Ravel, después de ocho días de silenciosa agonía y cuatro años de lucha desesperada contra el destino. Es casi imposible poder describir las impresiones generales sobre la vida de un gran hombre cuando nos asaltan los más pequeños recuerdos, todos esos de que se nutre la amistad.

Nadie ignora la personalidad de Ravel y los triunfos que obtuviera en vida. Sin embargo, tan sólo en el día de su muerte el mundo adquiere conciencia de su genio. En ese mismo día, el cielo, mensajero de todos los países del mundo, fué estremecido y, escogiendo la música, lengua universal, envió por medio de sus ondas, venidas de América, de los países latinos o de los países del Norte, el lenguaje de Ravel. El aire estaba lleno de sus obras,—«Pavana», «Dafnis», «Bolero»,—que se cruzaban en el espacio para exhalar su espíritu en nuestras radios.

En París, durante días y días, nos vimos envueltos en armonías ravelianas. No solamente honraron su memoria las grandes sociedades de conciertos en emocionantes festivales; todos los músicos se acordaban de haber interpretado alguna vez a Ravel. En las casas, a través de cualquiera ventana entreabierta, sobre un patio interior, se oía a un niño tratando de tocar «Ma mère L'Oye»; a un pianista que estudiaba la «Sonatina»; a una cantante ocupada en repasar las melodías de «El Niño y los Sortilegios».

Todos los discos desgranaban el «Cuarteto», el «Trío», «La Valse», «Las Melodías Griegas». ¡Era alucinante! Hasta tal punto,

NOTA.—Hélène Jourdan-Morhange inicia su colaboración en nuestras páginas con este artículo, en el que recoge inapreciables recuerdos de Ravel, a quien la unió la más estrecha amistad.

Hélène Jourdan-Morhange ocupa un puesto distinguido en la música francesa contemporánea, como intérprete y por sus sagaces apreciaciones como crítico. Primer premio de violín en el Conservatorio de París, a ella está dedicada la Sonata en Dúo de Ravel y ha sido una de las ejecutantes más celebradas en su instrumento de las obras escritas por Franck, Debussy y otros maestros modernos.

Como crítico, Hélène Jourdan-Morhange colabora en «La Revue Musicale» de París y en varios diarios europeos. Es autora de una biografía de Ravel, «Ravel et Nous», aparecida recientemente con gran éxito en las ediciones «Le milieu du Monde» de Suiza. Excelente libro que avala un prólogo de Colette, la colaboradora de Ravel en «L'Enfant et les Sortilèges», y unas bellísimas ilustraciones de Luc-Albert Moreau,

que toda otra música semejaba haber desaparecido. ¿Acaso Bach, Beethoven, Mozart, Schumann, Fauré, Debussy, acordaron esta gran ola de silencio para mejor recibir a Ravel en el firmamento musical?

Ravel, tan modesto y tímido siempre, se habría sentido molesto al percibir que se ocupaban tanto de su nombre. Aquel Ravel que, cuando hablaban de su gloria, decía: «¿La gloria?, ¡oh, yo estoy de moda, simplemente!»

Esta modestia era uno de sus mayores atractivos. Juzgaba sus obras con una objetividad poco común en un creador de música.

Recordamos un artículo escrito por él, como crítico musical, en el que teniendo que referirse a su «Pavana para una infanta difunta», escribía: «Influencia de Chabrier, demasiado flagrante y forma bastante pobre».

Por lo demás, siempre estaba inclinado a renegar de sus obras de juventud. Le veo haciendo un gesto de extrañeza y diciéndome: «¿Pero le gusta a Ud. Dafnis?»

Sin embargo, más tarde, cuando la enfermedad le impidió todo trabajo; cuando las notas dispersas en su pobre cerebro no encontraban ya el camino de la vida, comenzó a admirar sus antiguas composiciones.

En el último concierto que pudo escuchar—Ingelbrecht dirigía «Dafnis y Clice», con los Coros y la Orquesta Nacional—Ravel, emocionado al extremo por esta ejecución magnífica, me empujó hacia la salida y, ya en el coche, llorando, me dijo: «Nunca más podré escribir eso. Es hermoso; sí, a pesar de todo, es hermoso».

Traté de consolarle, pero él me interrumpió: «No, no, aun me queda todo por decir».

Cuando se conoce la evolución constante que le condujo del juvenil Cuarteto a los sutiles Valses Nobles y Sentimentales, del áspero Dúo para violín y violonchello al lirismo del Concierto para la mano izquierda se sabe que Ravel tenían razón, *le quedaba todo por decir*.

¿Hemos de evocar al Ravel desesperado de los últimos años? Sí, creo que debemos decir la verdad dramática de su fin, aunque sólo sea para subrayar su grandeza. Ravel sufrió con un valor callado, desafiando hasta el fin su destino. Como Beethoven, Schumann y otros grandes elegidos, pagó en la tierra el don de ser inmortal.

En otros tiempos, y no en éstos en que evocamos su muerte, en mis recuerdos se imponía un Ravel joven, contradictorio e infan-

til. A pesar mío, le veo siempre cual caminante en nuestros largos paseos por los bosques de Rambouillet. Recogía toda clase de flores; atendía a los pájaros; le seducía el paso de una ardilla; los más pequeños insectos le intrigaban. Comprendía a los animales y les hablaba en un idioma fraternal.

Le veo también en nuestras salidas nocturnas en París. Después de los conciertos, volvíamos a encontrar a nuestros amigos noctámbulos en el «Boeuf-sur-le-toit»: Nuestro pobre Léon-Paul Fargue llegaba hacia las dos de la mañana pensando que era hora de comer.

Jean Cocteau, el porta-antorcha de Satie y de «Ics seis», nos deslumbraba con sus historias y anécdotas radiantes. ¡Cuántas ideas, cuántas discusiones apasionadas surgían en torno a esas mesas iluminadas por celofanes multicolores! Ravel se maravillaba como un niño: «¡Mirad estos nuevos faroles!»; «¡escuchad ese glisando de saxofón!». El primer «jazz» hacía su aparición y Ravel, transportado, descubrió en él tesoros inauditos. «El Niño y los Sortilegios», la «Sonata para violín y piano», y el «Concierto para la mano izquierda», surgieron directamente de su admiración por el «Jazz».

Sí, Ravel era un niño. No conocemos bastante al Ravel sencillo y sensible que se cuidaba en ocultar su verdadero rostro, el Ravel maravilloso de «Ma Mère L'Oye», el niño mimado y algunas veces intolerable de «El Niño y los Sortilegios», el Ravel cuya música sensual de «Jardín Feérico», es una de las más bellas confesiones.

¿Qué no se ha escrito sobre Ravel? Incomparable artesano, relojero meticuloso, brujo de los sonidos... pero, ¿se ha insistido bastante sobre las cualidades de su alma?, ¿sobre ese pudor que velaba sus más calurosos sentimientos?

¡Cómo encuentro en su música los rasgos esenciales de su naturaleza! Aquellas frases elusivas, interrumpidas antes de entregar su contenido; aquellas marchas hacia atrás, antes del crescendo que estalla en cólera, ¿no son acaso la imagen de las tentativas hacia la liberación de las confesiones guardadas largamente en Ics labios, de las palabras que traicionarían sus pensamientos secretos, de los gestos que confesarían su ternura? La madre de Ravel era vasca, y la reserva del músico, el pudor sentimental del amigo, el amor exclusivo que tenía por el arte, nos hacen comprender de qué manera pervivían en Ravel las cualidades de su origen materno.

Los grandes conciertos con motivo del décimo aniversario de su muerte celebraron su memoria en festivales donde toda su obra relumbró. El público descubrió en ellos nuevos tesoros, porque la música de Ravel no sacia nunca al oído. Cada nueva audición nos trae

una nueva reafirmación de equilibrio y de belleza. Cada obra nos ofrece un Ravel vivo y distinto. El Ravel dandy con «favoris», del Conservatorio; el alquimista de los sonidos de los «Valses nobles y sentimentales»; después, el de la guerra, «Trío»; el Ravel soldado, «Le tombeau du Couperin»; el Ravel que flirtea con el primer Jazz, «El Niño y los Sortilegios». Las noches en el «Boeuf», «los Seis», «Sonata para violín y piano», «Dúo»; el del viaje a América, «Concierto» de piano dedicado a Mme. Long. Y más tarde el Ravel enfermo, angustiado; la última composición: el «Concierto para la mano izquierda» que evoca, por sí solo, la fatalidad de su destino.

Torbellinos de notas surgen con estas imágenes.

Ravel no ha muerto, porque una y otra vez volveremos a encontrarle en su música inextinguible.